

UNA MADRE

Corrí escaleras abajo. El cinturón de mi gabardina quedó atrapado en la puerta del edificio y tuve que dar un tirón para lograr que se soltara.

El tiempo amenazaba lluvia. El piso estaba húmedo y el calor era sofocante y pesado.

Tenía que recorrer varias cuadras hasta mi oficina, y mis pies se apresuraban tanto que se tropezaban entre ellos, como estúpidos.

De pronto, sin que me diera cuenta, comenzó a seguirme.

—¡Sh! ¡Fuera! ¡Andate! —le dije, levantando mi mano amenazante.

Pero sus ojos estaban fijos en mí, como quien mira una tabla en medio de un naufragio.

Doblé rápido en una esquina para perder a ese bicho inmundito de vista.

Igual reapareció de la nada, como si sus partículas se volvieran a reunir detrás de mí, juntando todos esos huesos en punta, saliéndose casi del cuero.

No quería mirarlo, pero todos me miraban a mí y a él como si fuéramos uno solo, como si hubiera dejado un pedazo mío caminando detrás, sin documentos.

Pasé por la parada sin mirar, pero todos los que aguardaban el ómnibus se volvieron hacia mí, interrogándome sobre lo que venía detrás de mí, como una sombra.

¡Cuánto falta! Si hasta parece que la oficina está más lejos, o las calles son más largas, o yo qué sé.

Me sigue.

De pronto se para y se muerde como desesperado; se arranca los pedazos, se agita, se revuelca. Las pulgas lo deben estar comiendo vivo...

Entonces las veo: penden de su vientre. Son muchas, parecen campanas muertas, sin su música.

Ahora que se rasca y se muerde, las puso en evidencia. Se mueven alocadamente, siguiendo su mordida. Se arrastra, mientras se muerde y sangra.

Es una perra. No me da pena, se lo merece. ¿Quién la mandó tener cría? ¿Por qué no se quedó con su dueño? Ese collar viejo que lleva en el cuello dice que alguna vez lo tuvo.

Ahora comenzó a gotear. ¡Lo que me faltaba! ¡Empaparme!

Debo llegar en hora y prolija. El gerente no quiere que estemos desaliñadas y mucho menos con el pelo mojado.

¡Puf! ¿Qué hago si llueve?

Ya bastante tengo con que el uniforme que hicieron para todas a mí no me entró, y él, con voz socarrona, me dijo:

—Te conviene cerrar la boca, ¿sabés? —y, mirándome con desprecio, agregó—: Menos pasteles, menos harinas...

Me sigue.

Tiene muy poco pelo y se le nota la piel rugosa y desagradable. El pelo es casi blanco y raleado, tiene costras amarillentas pegadas en el lomo.

Se parece a los leprosos que una vez vi en un libro: miserables, llenos de huecos en la piel, como carcomidos por extraños seres invisibles.

Creo que también tiene sarna. En la punta de las orejas y en el hocico la piel es rosada y ardiente; allí se acabó todo el pelo que quedaba y parece que un fuego mudo le quemara la piel.

Aunque demore, voy a girar en esta rotonda de la plaza para marearla y dejarla sin aliento. ¡No quiero que me siga más!

La lengua es larga y seca, y yo ya no llego a la oficina, lo sé, aunque no mire el reloj. Debe ser tan áspera como el rallador de mi abuela, y aún no sé por qué me sigue.

Ya falta menos, pero está oscureciendo; se avecina una tormenta.

La calle que viene es empedrada y solitaria. Varias veces han asaltado a muchachas por aquí.

Disminuyo el paso con temor y miro hacia atrás buscándola.

Viene. Sigue viniendo. Escuálida, con el cuero pegado a los huesos, las patas marcando un paso dudoso, desajustado; casi sin paso. La boca abierta, la lengua y sus tetas pendiendo al unísono.

¿Acaso mordería al que me ataque? Más bien pienso que le daría risa mirar su aspecto miserable.

Los ojos vidriosos continúan mirándome, como pidiendo auxilio, o preguntando, o quizás rogando, no sé.

No me interesa.

En el próximo semáforo cruzo con la luz roja para dejarla atrás definitivamente.

A lo mejor un auto me hace el favor de sacarme de encima este bicho...

La roja.

Aprieto la gabardina contra mi cuerpo y no dudo: cruzo en un salto, sin respirar siquiera.

De pronto, un foco me ilumina.

Un golpe seco me empuja hacia arriba y luego caigo contra algo duro y filoso.

Todo está oscuro.

Las piernas no me responden. Un dolor terrible me sacude desde la cadera hacia arriba, como un balazo. Un líquido caliente y viscoso corre por mi cara.

Siento voces, ruidos, sirenas, todo lejano y confuso.

Alguien tira del cinturón de mi gabardina y no me deja ir, mientras me besa con un beso de madre, con una lengua tibia, áspera, escuálida, seca.

SEUDÓNIMO: NEVADA